



## Los rastros de "Ella"

*Si me matas no me iré*

**Título:** *Los rastros de ellas. Si me matas no me iré*

**Organizado por:** Andrea Mariam Oropeza García

**Corrección:** Salma Villarreal

**Maquetación e ilustración:** Daniela López

**Coordinación:** Blanca Estela Ruíz Zaragoza

**Edición:** 2024

**Publicación:** 2026

**Autores:** Alejandra Anahí Martínez Delgado.  
Alejandrina Rodríguez González.  
Baudelio Lara García.  
Claudia Cecilia García Salazar.  
Gabriela Torres Hernández.  
María Ámbar Vargas Orozco.  
Omar Rosa González.

Este trabajo no se puede reproducir, distribuir, transformar ni publicar material sin el permiso expreso del autor.



# Los rastros de "Ella"

---

*Si me matas no me iré*

## LLAMADO A LA DISRUPCIÓN

¡Alto ahí! ¡Detente! Con un suspiro, un respiro, interrumpes lo que estás haciendo; culmínalo de repente, de brusca manera y de golpe para que te enteres que en México **más de la mitad las mujeres** han sufrido algún tipo de agresión a lo largo de su vida; que año con año se agravan las desigualdades y la violencia de género; y que es importante no sólo cortar de tajo estas brutalidades, sino también la impunidad de la cual gozan los perpetradores, y abatir el silencio y el duelo de las víctimas.

**Te reto** a que aceptes unírte a este bastión por y para las mujeres.

A que te aventures en el universo femenino y construyas nuevas voces que llamen a todas aquellas sin nombre; nuevas miradas en donde ellas se reconozcan y no sean sólo rastros sin rostros.

A que conviertas a estas mujeres en tinta y color a través de una imagen, un pensamiento, un relato o un canto, dejándote llevar por el efluvio de las pioneras, cuatro Laimas en este instante puro: una Elena Garro fuerte y fructífera, una Alfonsina Storni Líquida y amorosa, una Rosario Castellanos crítica y ansiolítica, y una María Izquierdo quimérica y mítica. Cuatro Fortunas, cuatro encrucijadas que tejen una sola odisea para la Penélope tenaz y sempiterna.

**Te hablo** a ti, sí, a ti, pequeña explosión de neuronas histriónicas y sensibles; a ti, ente valiente, desidente, incidente, insistente, divergente... te llamo de súbito, en este letargo.

**Te llamo a la disrupción**, a contener todo y reflexionar, imaginar, recrear, traducir, creer, crecer, defender la voz, la memoria, las vivencias y sobrevivencias de ellas, locas, histéricas, amorosas, ninfómanas, vírgenes, beatas, brujas, sabias... voces eclécticas, arrítmicas y discrepantes que se unen todas en el eco de un solo grito.

**Te conjuro a ti**, voz contemporánea, moderna, fluyente, diversa y resiliente, a escribir sobre las historias de ellas, las mujeres violentadas; a evocarlas y hacerlas tuyas, a abrazarlas y acogerlas en tu tinta, en la gama de tus colores, en el tak tak tak de un teclado o en el desliz de un pincel.

En resumen: te invito a que te apropiés de la estética de Garro, Storni, Castellanos e Izquierdo, y equalices, las voces que aún no son audibles, con el ánimo de promover el diálogo, a través de la sensibilidad y la reflexión, para eliminar la violencia contra las mujeres desde la trinchera del arte.



Bases del concurso

## Contenido

LLAMADO A LA DISRUPCIÓN .....	4
Prólogo .....	7

### Narrativa



#### *Texto ganador*

El cuerpo de la abuela .....	9
------------------------------	---

#### *Mención honorífica*

No me iré .....	13
Sin cerca perimetral .....	17
Luminita.....	21

### Poesía



#### *Texto ganador*

Muerte por agua.....	27
----------------------	----

#### *Mención honorífica*

Génesis .....	38
Peregrina del mar .....	42

## Prólogo

Hay textos que nacen como un llamado; otros, como una urgencia. Esta antología es ambas cosas.

Surge de una certeza incómoda: en México, más de la mitad de las mujeres han vivido algún tipo de agresión a lo largo de su vida y muy pocas son las que denuncian. Año con año, las desigualdades se profundizan y la violencia de género se recrudece, dejando no sólo cuerpos heridos, sino también silencios, duelos e impunidad. Frente a ello, esta recopilación de textos pretende abrir un espacio: uno en donde la palabra, la imagen y la imaginación se conviertan en formas de resistencia y de acción.

Los textos e imágenes aquí reunidos son resultado de una convocatoria que invita a irrumpir, a cortar de tajo la indiferencia, a mirar de frente lo que duele y transformarlo en algo más. **En estas páginas habitan mujeres con nombre y sin él; mujeres que son memoria, eco, herida, fuerza.** No son rastros sin rostro: son presencias que se escriben, se dibujan, se nombran. Cada obra es un intento por devolverles voz, por reconstruirlas desde la sensibilidad y la experiencia con la clara intención de mostrar un espacio compartido y complejo.

Este ejercicio creativo dialoga, además, con el legado de cuatro figuras fundamentales: Elena Garro, Alfonsina Storni, Rosario Castellanos y María Izquierdo. Sus estéticas —críticas y quiméricas— atraviesan la antología como una corriente que nutre y expande las propuestas aquí reunidas. No se trata de imitarlas, sino de escuchar su eco y permitir que resuene en nuevas formas, en nuevas voces.

Así, esta antología se configura como un punto donde convergen distintas miradas, sensibilidades y lenguajes. **Un espacio en donde lo íntimo se vuelve político y lo personal, colectivo.** Las voces se entrelazan en un mismo impulso: nombrar la violencia, pero también resistirla.



Rosario  
Castellanos



## El cuerpo de la abuela

A.Ollín

“Si me matas no me iré, me quedaré” -

Elena Garro

Alguien me dijo que la abuela se fue... Pero su cuerpo no. Esto último nadie lo sabe. En la familia dijeron que se había ido, se lo dijeron a mi padre y a mis tíos cuando eran pequeños, me lo dijeron también a mí, cuando pregunté quién era la persona que aparecía en mi acta de nacimiento como “finada”.

Todos, empezando por el abuelo, dijeron que se había ido dejándolo todo, dejó a su familia, sus hijos pequeños... todo.

“Fue una puta” dijo alguno en la familia, -la puta que nos abandonó por irse con otro hombre- resonaba el eco de los resentidos y los abandonados. Un eco que se repitió a través del tiempo. Un eco ofensivo que envolvía el recuerdo de a quien jamás volvieron a ver.

Serán como 100 años o más desde que nació la abuela, fue en un pueblo al norte de Jalisco, esos pueblos que guardan sus propias historias en la lejanía. Su fortuna no fue la mejor, de niña alguien debía de advertirle, alguien debía de decirle que hiciera todo al revés, que se fuera lejos, que corriera muy fuerte para alejarse del destino, que dijera no, que tomará cualquier rumbo al azar en vez de ese callejón oscuro en el que a veces se convierte la vida, y que le arrebataría todo lo que a un ser humano le pueden arrebatar. Porque a ella le arrebataron todo... Y no pudo hacer nada.

Y así, sin que nadie le advirtiera, más temprano que tarde, su destino no pudo cambiar. Llegó, llegó el destino que la condenaría a una vida marital de infierno e ira.

La ira... maldita ira que cubrió el viento ese y todos los otros días. Su marido que no era otro más que un hombre lleno de violencia, desquitaba en ella sus temores y sus enojos.

Una de tantas tardes, el abuelo colgó en un árbol la poca humanidad que le quedaba, en cada azote que daba se iba su paz y su cordura, al mismo tiempo que caía sobre él la condena de una vida larga llena de culpas, culpas que lo iban a acompañar hasta el último día de su vida. Porque cuando se fue pensaba en ella, la nombraba en cada delirio senil de sus últimos alientos. La abuela, a la que varias décadas antes nunca mató, estuvo ahí, acompañándolo mientras miraba como él se iba para siempre.

Él si se fue, ella siguió con nosotras.

Había algo que no cuadraba en la historia, algo pesado que se sentía en el aire cuando hablaban de ella, era el tabú de toda una familia que apenas la recordaba, algunos apenas conocían su rostro, pero jamás olvidaron que ella había sido “la que se fue”.

Su imagen, para otros, no era más que un viejo y escondido retrato en blanco y negro, con un rostro duro con esa elegancia que los retratos antiguos aportan. Su nombre, es Gumersinda Ruiz.

Los más osados la buscaron por años, tenían que volver a encontrar a su madre ¿Cómo pudo desaparecer de la tierra? Se preguntaron. De la tierra no desapareció la abuela, en la tierra sigue, pero ellos no lo saben.

Su cuerpo no se quedó estático, sus huesos y su piel fina se elevaron en murmullos y en ecos de lucha. Se quedó en el latido acelerado que da el corazón cuando la impotencia ante otra nota de feminicidio nos cubre, como si un tambor anunciara la lucha. Muchos años después, me di cuenta de que realmente nunca se había ido. Pero ¿dónde está la abuela?

Sus nietas la sentíamos con una rara y confusa tristeza en el corazón, pero no entendíamos de dónde venía el dolor, de dónde venía la rabia de nombrar a otras desaparecidas, como si ella se escondiera hasta esperar que llegara el día en pudiéramos nombrarla. Qué gran paciencia tuvo, que nos esperó setenta años para acumular el suficiente dolor o coraje para poder recordarla.

¡Qué cruel fuiste para no llegar antes a recordarnos que estabas aquí en nuestra historia también!

Casi un siglo y generaciones después, como entre sueños y humo su nombre apareció...Gumersinda, ¡Gumersinda nuestra abuela!

Era la abuela la que nos daba coraje para salir a luchar, la abuela que trascendió en los deseos de salir a gritar justicia por todas, la abuela que nunca se fue... la abuela por la que también gritamos ahora.



Elena Garro

## No me iré

---

Un pato con tinta

“Si me matas no me iré. Me quedaré”

Elena Garro (1995).

El sol aún no termina de ocultarse y ya acelero el paso; como tantas veces desde hace un año lo hago con la mano izquierda dentro del bolsillo de mi chamarra apretando el celular para sentirme segura, como si tuviera una boya en medio del mar de la cual pudiera sujetarme para volver a la playa con vida. Con la otra mano agarro la bolsa con fuerza como si me aferrara a la vida. Mientras camino pienso que justo guardo en el bolso parte de mi vida. Un cuaderno de notas que llevo a todas partes; una pluma fuente, último regalo de mi abuelo; llaveros, obsequios de mis amigos, recuerdos de sus viajes; la cartera que tiene más deudas en sus tarjetas que dinero en efectivo y que si las pierdo me deshago de algo que tampoco tengo: tiempo; el paraguas que me hace cargar mi madre cada vez que salgo de casa, y los recipientes de comida con los que bromeamos que valen más que nosotros, de ahí el terror de perderlos; así que en conjunto aquella bolsa guarda parte de mi vida.

Ni siquiera he recorrido una cuadra y ya siento que el pulso me llega a 170 latidos por minuto. Mi respiración se siente igualmente agitada. Cada tres pasos giro la cabeza esperando que nadie me siga, no hay mucho alivio cuando me descubro andando por una calle desierta. La poca iluminación solo provoca que el camino hacia el autobús se sienta tan lejano. No tengo muchas opciones, no camino tarde porque me parezca buena idea, porque, porque quiera provocar a alguien, porque esté buscando problemas; lo hago porque no tengo otra opción, tengo que volver a casa. Tampoco elijo este camino porque sea el más peligroso, el menos transitado, sino porque es el más corto de mi trabajo a la parada del autobús, y para una persona que siente que todo el tiempo hay alguien tras sus pasos cada

zancada cuenta. Ahora hablar de calles iluminadas pierde el sentido de seguridad, cuando la desaparición de las personas no es al azar, cuando por el solo hecho de ser mujer corres riesgo, o peor aún cuando es alguien cercano quién puede estar tras de ti.

La pesadez en mi espalda y hombros se hace presente, sé que el dolor en el cuello no tardará mucho en acompañarlos, la tensión provocada por el estrés que me produce el miedo comienza a marearme como otras veces, como cada día desde hace meses en los que caminar sola se ha convertido en una tortura. El dolor en el cuello suele hacerse presente antes de llegar Prisciliano Sánchez, a metros antes de pasar por la tienda. A veces veo al tendero, finjo una sonrisa para no hacer evidente mi miedo.

El ruido de los motores me tienen alerta, suelo caminar en dirección contraria a los automóviles porque temo que una motocicleta llegue por detrás o, peor aún, que un auto de pronto me cierre el paso. Entonces, pienso que puedo correr y salvarme. Correr sabiendo que cada paso hacia adelante me salva la vida. Los pensamientos siempre son un enjambre en mi cabeza desde hace algunos años, con nostalgia recuerdo cuando tenía 16 años y lo único que me preocupaba de que se hiciera tarde era perder el autobús y no tener dinero para tomar un taxi y regresar a casa. En aquel entonces la vida era mucho más sencilla, desconozco en qué momento Guadalajara se volvió tan insegura, se llenaron de sangre sus calles y las desaparecidas se hicieron comunes en las familias. No sé en qué momento caminar sola dentro de México se volvió un martirio.

A una idea fatalista se le suma otra y después se añade otra más y antes de que llegue al colapso la voz de mi psicóloga resuena en mi cabeza: para. En ocasiones me sirve para cambiar físicamente lo que estoy haciendo y calmarme un poco. Si me encuentro sentada, me pongo de pie, si estoy de

pie camino, si camino debería detenerme o sentarme, pero tengo tanto miedo a la oscuridad de la ciudad que me es imposible dejar de caminar, entonces decido trotar.

Aunque ya comprobé una centena de veces que nadie camina tras de mí, la sensación de sofocamiento no se va, me cuesta respirar, siento que estoy a punto de estallar pero debo seguir corriendo, llegar a la parada del autobús para luego mirar en todas las direcciones hasta tomar el 51 y sentirme un poco aliviada porque ya voy a casa. La falta de aire hace que detenga el paso, tan solo corrí una cuadra cuando bajo el ritmo de mis pies. Sigo caminando, en ese instante una motocicleta de la que no me había percatado se aproxima a donde estoy, ignoro que transito frente a una vinatería y que probablemente va a estacionarse. Lo único de lo que soy consciente es de que llega a mí, invade mi espacio personal.

Me duele la cabeza, los pensamientos se atropellan unos a otros creando un bullicio al que se le une el corazón tratando de escapar de mi cuerpo. Mi cerebro da la orden de correr de nuevo, pero no puedo. Siento el cuerpo entumecido y las piernas no se mueven, de pronto me siento incapaz de dar un paso, quiero tirarme en posición fetal en medio de la banqueta y pensar que todo termine. Quiero dejarme caer de rodillas y con ello no pensar, ya ni siquiera soy capaz de apretar el bolso y el celular.

Una voz familiar se acerca y me pregunta si estoy bien. Lo miro y de mis ojos comienzan a emanar lágrimas, no puedo decir que estoy a salvo, porque no me siento a salvo, pero sé que el motociclista no me hará daño, por lo menos él no. Comienzo a llorar al cabo de un rato. La voz me dice que me tranquilice, me toma de la cintura y comienza a caminar conmigo, les dice al motociclista y a otros clientes de la vinatería que estaré bien. Me conduce a la esquina y veo un automóvil con la puerta trasera completamente abierta, esperándome. Entonces aceptó mi miedo irracional a un motociclista inocente al tiempo que el pánico se apodera de todo mi cuerpo.

Hago un intento fallido por correr pero el dueño de la voz familiar me sujeta con más fuerza, al tiempo que siento la navaja, que todo el tiempo estuvo presionando mi costado, se introduce un poco más. La voz familiar me pide que me calle. Aunque no lo hiciera estaría callada, soy incapaz de gritar. Me suben al automóvil y el bolso con mi vida cae antes de que cierren la puerta.

En casa, mi madre no deja de llamar al teléfono que apagaron media hora atrás, aunque la mande directo a buzón ella sigue insistiendo, lo hará hasta que me encuentre o lo que queda de mí. Sé que mira al reloj preocupada, con el corazón pidiéndole de un hilo, sé que reza esperando que llegue con bien a casa. Mis hermanos se ponen en contacto con mis amigos, con mis compañeros de trabajo, desconocen si solo se quedó sin carga mi celular, si decidí salir a cenar sin avisarles, aunque saben que desde hace meses no salgo por las noches, y que desde hace meses les comparto mi ubicación en tiempo real cuando tomo un camino diferente al de casa, debí hacerlo todo el tiempo, compartir siempre mi ubicación. Debí ser más fuerte y seguir corriendo, no detenerme por el cansancio. Debí aferrarme a la vida como lo hacía a mi bolso lleno de cosas sin valor.

\*

Han pasado cuatro años desde que no volví a casa, ni entera ni en partes, a muchas no nos encuentran, pero han pasado cuatro años desde que mi madre no me deja de buscar, si me matas no me iré. Me quedaré, me quedaré en la memoria de mi familia, de mis amigos, de las personas que me buscan, me quedaré en el recuerdo, en la música, en las letras que dejé, me quedaré en la mente de las personas que no se darán por vencidas, que no se detendrán como yo, que seguirán buscando, que seguirán corriendo, me quedaré en los pasos que se aceleran que logran llegar a casa con bien.

## Sin cerca perimetral

Dianelly

Están en el andén, uno frente al otro esperando impacientes el desenlace, ya acomodan el equipaje, de un momento a otro subirían los pasajeros, no es una simple despedida, probablemente no se volverán a ver. Parecen siglos estos minutos, al fin llaman, lo besa cuidando no dañar su creyón labial recién untado.

— ¿Pudieras haberlo hecho mejor?—se quejó él para no perder la costumbre.

Entonces se repite la acción y sus labios apenas rozan, por última vez, a este hombre, que tanto daño le ha hecho. No se volvió, ni se detuvo hasta caer en el asiento con el número que marca el boletín, cerró los ojos y se dejó llevar por sus pensamientos, ajena al movimiento del viaje, está en coma sentimental.

**“Es verdad que exageró un poco con su salud ¡Mi gooooooorda!” y aquel abrazo delante de todos, yo también me hubiera puesto celosa. Total, nada malo había en aquello, el próximo año voy a volver a ser la que siempre fui, este aire acondicionado me tiene mal y este tipo de al lado queriendo cotorrearme, ¡Que no está mal!, mira ya yo ni me fijaba en los hombres, eso es un buen síntoma”.** —su cabeza esta revuelta

— ¿Desea tomar algo, joven?— dice el del asiento contiguo.

— “Este si es rápido, deja hacerme la dormida sino no me va a dejar en paz.” — pensó

**Los celos de este hombre no tienen comparación, ¿Cuántas veces se repitieron las escenitas?! Uf! que yo era un globo, cuando eso estaba**

**enamorada, no se me podían acercar hombres-espinas porque pinchaban al globo, y yo acepté todas estas estupideces, este no me va a dejar tranquila”.**

—Yo te conozco de la televisión, una cara tan linda no se me olvida—

**“Ahora si se quemó, si el supiera que lo que menos quiero hoy es saber de hombres ¿Por dónde iremos? Que deseos tengo de llegar. Ahora cuando mami me vea me insulta por dejar todo atrás porque ella cree que uno tiene que vivir aguantando, como era antes, aquel día que llegó a mi oficina y porque estaba el grande allí, a mi lado con su sonrisa juguetona, descargándome, pero ese era mi puesto, no me podía ir de allí, ni decirle que se fuera, verdad que no me caía tan mal, lo que me decía, ¿si pudiera dormir un rato?”**

—Te voy a poner en tu bolso mi tarjeta, quizás un día la necesites—

**“Tarjeta y todo, parece que se cansó, ni con mi cuñado, sino hubiera sido por mí no se consigue el pan, quien mejor que mi cuñado, que es panadero, solo por poner las manos en el manubrio de su bicicleta, ya no era mi cuñado, esa hermana mía tiene una puntería para encontrarse tipos que estén buenos, total lo mejor que hice fue irme, ya está viejo, su carnaval pasó y hay viejos que son vinos pero este es vinagre. He perdido diez años de mi juventud haciendo de esclava, ya me está llamando”.**

—Debe haber sido muy malo, cuando apagas el celular—

**“Y dale Llilla con la matraquilla, tuve que hacer pinines para que me dejara tranquila en el trabajo, cada cinco minutos llamando, si lle-**

**gaba tarde, aquel día que el jefe me llevó en el carro como a las dos de la mañana, si apreté”.**

— Todos los hombres son iguales —

— ¡Ah!, pero si no es muda, que bien, eso mismo digo yo, por eso no me gustan —

— ¿Quién no le gusta?—

—Los hombres—contestó, arrancándole la primera sonrisa después de la despedida funesta.

**“¿Tendría razón sobre lo de la cerca perimetral?, decía que yo no tenía, que dejaba que los hombres se me acercaran y no sabía quitármelos de encima, ¡Sata! En realidad era una ofensa porque nadie nunca me tocó, nadie me manoseo”.**

— ¡Usted es muy joven!, usted tiene futuro en la ciudad, quizás a mi lado le sea diferente —

**“¡Ah! También es ciego, pero lo que más me duele es que no pude dejar de quererlo por más que me lo propuse, ahora mismo, sé que con él no puedo vivir, pero sin él, tampoco, como una persona no es capaz de percatarse cuando una, lo quiere, hasta tuve que dejar de besar a la gente ¡Yo! Estirando la mano ¡Que ridiculez!”**

— Se puede apreciar que eres una persona culta, ¿No te has leído “Diez minutos de parada”? —

— No —

**“Ya me está tuteando, claro que si lo leí, que cursi, ahora viene con lo del amor a primera vista, que en diez minutos puede cambiar una vida, pero yo no soy la camarera del cuento. Se me está pegando y cree que yo no lo siento, su mano esta sobre mi muslo, ¿Qué se habrá creído? ni tan siquiera se quita el anillo”.**

Entreabrió los ojos, miró sus uñas despintadas encima del pantalón blanco del hombre.

**“Él decía que eran cuchillos, no me dejaba acariciarlo porque lo arañaba”**

Miró sus brazos de mujer musculosos y tostados por el sol.

**“Eso es por los tantos cubos de agua cargados y las largas jornadas nocturnas, dando manigueta para moler el maní, de algún lugar había que sacar el dinero para que el poeta pudiera concentrarse, porque además de ser machista era poeta”.**

**“Se vio vendiendo las barrita de maní de oficina en oficina y sintió rabia”**, suavemente deslizó su mano, muy despacio bajo el zíper del pantalón blanco, observó de reojo la sonrisa omnipotente del hombre conquistador, ya el pene estaba duro como un rail, titubeo, **“Recordó el de su exesposo, como si fuera un majá, le vino a la mente la escena final de cada acto de sexo en que él se separaba como si fuera un gallo, la dejaba abandonada cuando más lo necesitaba para dormirse acurrucada”**. Sintió rabia, acomodó un testículo en su mano y le clavó las uñas una y otra vez hasta agujerear su escroto como si estuviera apretando los huevos de todos los hombres juntos.

## Luminita

Brissthoría Fairyrngton

“Si me matas no me iré, me quedaré.”

La chiquilla de rostro alegre nació entre el cerro y el monte, calladita, al alba de un veinte de octubre. El aire que la vio surgir a su alrededor era tan gélido como el rescoldo sembrado bajo la tierra al término de una tormenta. Fue bautizada por los gitanos como Luminita, “La pequeña luz”, no solo debido a que la hora del parto coincidió con el silencio acostumbrado de la madrugada, sino también porque había sido bendecida con un peculiar cabello crespo y niveo –casi tornasolado–, y una piel morena tan brillante que incluso se asemejaba al material de terracota proveniente del sur. Parecía encerrar tras ese gran par de ojos negros un espíritu de golondrina, indomable; un ardor interior de esos que a simple vista no se alcanzan a distinguir mucho, pero que son capaces de permanecer para siempre.

Luminita tendría bien resguardada durante toda su vida la silueta de una vereda que servía para conducirse por la sierra. Así, cuando llegara el día en el que se presentara la oportunidad, sabría cómo y por dónde regresar a su pequeño pueblo oculto entre la montaña. Pocas cosas del pasado se quedarían con ella como lo hizo el recuerdo de aquel sendero. Quizá fuera por la forma en la que tronaba el cielo cuando se la llevaron a ella y a otras con premura en una carretilla descuadrada rumbo a quién sabe dónde, o por el olor hipnótico que despedía la tierra entre que se ahogaba por tanta pedrada de granizo mientras las ruedas se iban atascando en el fango, pero la verdad era que la mayoría de lo sucedido durante esa noche permanecería sellado en lo más profundo de su memoria. Se aferraría los primeros días tan solo a su nombre, al rostro de su madre, y a la silueta quebrada de la vereda, pues temía que al ir atravesando el trayecto lodoso cualquiera de estos fuera a resbalársele en un instante entre la madera, para caer sin más remedio hasta el fondo del olvido.

La chiquilla del rostro brillante residió durante su primera infancia entre matorrales floridos y melodías añejas, tan centenarias que nadie podía recordar de quién era que se habían aprendido primero. Los días transcurrían lentos en aquella época; las tardes de otoño eran tibias y desordenadas, pues sin nada que hacer por el término de la cosecha, las horas parecían detenidas entre los callejones anchos que servían de escenario para el primer valiente que decidiera adueñarse de la noche futura al sacar su banco y situarlo a la sombra del guayabo. Era entonces que comenzaba la ronda de las historias. Como esparcido por el viento, el murmullo de un viejo o nuevo cuento terminaba siempre por atraer a los curiosos hasta que se vislumbraba una bulla de gente alrededor de quien narraba. Iban asomándose de uno en uno, primero con cierta timidez, para luego caer entusiasmados ante la promesa de algún mito maravilloso perteneciente a los tiempos de antaño, aquellos donde los roma tenían un país al que podían verdaderamente llamar su hogar.

Al caer la oscuridad, los vecinos encendían lámparas de aceite y las colgaban entre las enramadas de los árboles para iluminar a la joven rotonda de compañía. Era usual que alguno sacara su guitarra para avivar el alma del espectáculo tras llegar al final de una fábula, y mientras se rasgaban alegremente las cuerdas, tanto niños como adultos daban de giros, zapateando al compás de un mismo ritmo que parecía laterles al unísono desde el centro de sus corazones. Algo perteneciente a esas instancias, ya fueran las risas o los aplausos, se mantenía en constante vida dentro de Luminita a pesar de la distancia que la separaba de sus tan preciados ayerés. Ahí ocultas, en el sótano que las acogía a ella y a las demás, no le era permitido murmurar ninguna canción, ni tampoco relatar una sola de las tantas historias contadas a medianoche bajo el guayabo. Sin embargo, la prohibición no impidió que Luminita continuara soñando con las noches que pasaba acostada en el regazo de su madre mientras esta le trenzaba el cabello.

Mi querida niña le decía, mi luz adorada la llamaba. Si alguna vez te pierdes y no encuentras el camino de vuelta a Queli solo estate atenta de la música –le contaba–, pues como la de aquí la habrá en otros tantos lados, y cuando oigas eso que te es familiar, te darás cuenta de que ya no estás perdida. La chiquilla del rostro refulgente sabía llorar en silencio, así como lo había hecho esa madrugada en la que ella había llegado al mundo.

Lloraba en silencio cuando podía, para así asegurarse de no hacerlo durante las jornadas de trabajo que atravesaba cosiendo prenda tras prenda, ensamblando ropa tras ropa. A veces no existía una razón para el golpe, a veces el patrón solo estaba de humor para joderte, y tenían entonces que hacerse todas a la idea. Quien se quejara, gimiera o sollozara era entonces recompensada como cortesía por aquel insufrible látigo de cuero gastado. Por ello era importante saber cuándo llorar y cuándo no hacerlo.

Luminita se había acostumbrado a sí misma a soñar de día. En más de alguna ocasión durante el embalaje de las telas, cuando ella permanecía más sola, un muchacho de tez blanca y ojos claros se le cruzaba en medio del camino que dividía los montones de cajas de los tapetes roídos que las muchachas usaban para recostarse al anochecer. Ella nunca supo su nombre, y a él no le interesaba conocer el suyo. Se sentía a sí misma tragando saliva cuando la respiración agitada de aquel joven reposaba de forma súbita sobre su cuello. De las inhalaciones extrañas pasaba entonces a un vaivén dactilar que le recorría el cabello traslúcido, y luego los hombros, para luego terminar adentrándose sin ningún tipo de beneplácito por debajo de su blusa. Era entonces cuando Luminita cerraba los ojos y se dedicaba a soñar; soñaba con cancelos pintados de naranja por la flor de llamarada, con el olor a pintura fresca proveniente de las máscaras de papel, con el estruendo de las panderetas y el repiquetear del arado contra la tierra. Soñaba con el crujir de los papalotes contra el viento, con el dulzor empalagoso de las zarzamoras silvestres, con la imagen de su madre extendiéndole las manos para cobijarla con ellas dentro de un eterno abrazo.

Aprender a soñar de día se volvió de pronto en algo importantísimo para vivir, y aunque Luminita trató de enseñar su consejo a las demás, parecía que ninguna era capaz de soñar tan fuerte como para que alguno de sus recuerdos pudieran servirles de consuelo.

No tuvo idea de cuánto tiempo fue el que estuvieron todas juntas bajo la tierra, tomadas de las manos, en aquel cuarto que a cada segundo parecía achicarse más y más. Aunque de con ella habían llegado cinco, muchísimas más yacían desde antes en conjunto apeñuscadas en el sótano. La rutina era la misma, y los sueños iban de a poco marchitándose, uno por uno. La mayoría no resistieron por mucho tiempo las lluvias de piel sintética. Ya para los días finales del encierro eran tan solo ella y otras tres; Jovanka, Vadoma y Coral, estas dos últimas hermanas, de una edad no tan mayor a la de Luminita. Jovanka era la más grande de todas, de unos dieciséis. Conocía el lugar al derecho y al revés, pues decía haber crecido entre los muros que hospedaban la humedad y tantos de los secretos más horrosos entre cada uno de sus rincones. Tenía un plan para que todas pudieran reencontrar el camino de vuelta a sus hogares, un plan que conllevaría un riesgo bastante elevado, pero que estaba dispuesta a querer tomar si significaba una oportunidad para que aquellas niñas regresaran algún día a casa.

Durante mucho tiempo se especularía en la ciudad sobre el misterioso incendio que acabaría de la noche a la mañana con la fábrica textil de Santa Carlota. La noticia acaparó todos los titulares más codiciados de la provincia, debido a que, tras la tragedia, prevalecieron los restos calcinados de una joven gitana al lado de un contenedor de combustible industrial, acompañados tan solo por un cerillo a medio consumir y un pequeño pasaje escrito en pintura contra uno de los muros: Si me matas no me iré, me quedaré. Ni Vadoma ni Coral pudieron haber predicho lo que pasaría, pero Luminita creía saber, en lo más profundo y con todo el dolor de su

ser, que Jovanka sabía que terminaría por suceder. El tragaluz de la ventilación era apenas lo suficientemente grande como para que una niña pudiera pasar a través de él.

Las tres anduvieron solas lo que parecieron ser meses, a la deriva. Se aseguraban de tomarse de las manos con frecuencia. Se refugiaban en pequeños establos para pasar la noche, o en los callejones menos transitados. La pequeña Coral era quien más padecía de nostalgia, sus pecas empapadas simulando un firmamento tormentoso cuando se aferraba al regazo de Vadoma con brusquedad. Luminita solía reconfortarlas a ambas con cuentos, tal como su madre lo hacía cuando ella era presa de una pesadilla. Sin cadenas, era libre de enseñarles a soñar. La chiquilla de rostro reluciente había vuelto, por primera vez en lo que se sintió eterno, a entonar las canciones de su pueblo. Cantaron entonces del país perdido y jamás encontrado, de sus árboles de bronce y de los estanques cuyos reflejos mostraban aquello que más deseara el corazón. Cantaron del ruiseñor del valle y del halcón de la montaña, de mil y un mitos que compartían de memoria aunque nunca se hubieran cruzado anteriormente. Su madre tenía razón, la música que ella conocía era la misma en otros tantos lados.

Continuaron su camino en compañía propia y de los cantos, buscando acaso algún rastro que pudiera guiarlas de vuelta a aquello que les era familiar, hasta que se encontraron frente a frente con una conmocionada caravana pintarrajeada de rojos y amarillos por encima de sus carpas. La tonada que iba vociferando el órgano fue una que las niñas pudieron reconocer con familiaridad; relataba la venida de un espíritu guía para los romas que se encontraran desamparados, perdidos, uno que adoptaba la forma de un lucero nacido del caudal del río y de la frigidez de la madrugada. Entonces, a Luminita le pareció que aquella caravana seguía una ruta del todo sin marcar, una que iba en línea quebrada, rumbo a lo más profundo de la sierra, y tomando siempre de la mano a sus nuevas hermanas, les anunció con gusto: Volveremos a nuestro hogar.



Maria Izquierdo



**Muerte por agua**

#YoSoyMarbella

## **Malas ideas**

Tirarse de un tren en marcha

Volar de un avión sin paracaídas

Lanzarse de un risco sin respaldo

**Descerrajarse un tiro en la sien, el corazón, la boca**

**Comprar una cuerda fuerte**

demasiado basta para usar de tendedero

Ingerir arsénico caduco

Quemar la nave con los pasajeros dentro

Dar un paso en falso en el Metro

Secuestrar jets en Nueva York

una mañana cualquiera

Mejor escojo el mar, origen de la vida

## **Pacto suicida (con licencia histórica)**

Horacio Quiroga y Alfonsina Storni se suicidaron en Buenos Aires con poco más de un año de diferencia; el primero, el 19 de febrero de 1937 y la segunda en la madrugada del 25 de octubre de 1938.

En ese juego de prendas  
a uno de los dos tocó en suerte  
ir hacia arriba

Lo mismo que decir cielo e infierno  
a mí me tocó bajar

Colgarse de una cuerda  
es un intento tonto, Quiroga,  
de volar

Morir ahogada  
es una bella forma de beber  
toda el agua del mundo

No negarás, hijo de madre,  
que es una idea brillante

## **Labores domésticas**

La ventaja de morir por agua  
es que no hay sangre que limpiar

**Postal crepuscular. Hotel San Jacinto de Mar del Plata**

Ya te hundes, sol; mis aguas se coloran  
de llamaradas por morir  
Alfonsina Storni. *Paisaje de amor muerto*

Como el sol  
me hundiré en el horizonte  
para beber  
la sal del silencio

## **Balneario La Perla**

Ahora estoy lista  
para escribir la Historia  
donde algún día estará mi cenotafio

Nunca fui buena partenaire  
Mis ojos claros tenían una visión  
oscura del amor

Mi rostro prosperó poco agraciado  
entre una roja nariz  
y una voz chillona

No se dignaron los espejos borgesianos  
a duplicar mi figura

Oculté el nombre del Padre  
a mi único hijo

Esperé sin esperanza

Medí en silencios tu llamada muda  
en células insumisas, en puñales de opio

De modo que  
no quiero más  
cabos sueltos

Dicen que la mar está templada  
en esta época del año

## **Dharma**

En todas mis vidas anteriores

fui mujer

madre

hija

esclava

hembra

perra

serpiente

gacela

mariposa

gata

flor

brizna de paja

obediente

Hoy toca

romper esa cadena

con una promesa:

Si me matas, no me iré

Si me mato, igual me quedo

## **Estado de Derecho**

Sabía que no harías la llamada  
esa de la que siempre me quejé  
esa que me cansé de esperar

Yo solo reclamaba  
un poquito de fe  
en la misma dosis  
que tu dabas por sentado  
para ti mismo

solo una cuota de confianza  
elevada  
a rango constitucional

## Oración

(Cf. A Horacio *Quiroga*. Alfonsina Storni)

Que no me pudra el miedo en vida  
más que el aliento aledaño de la muerte  
adherido como sombra a mis espaldas

Que el cuento y la selva no se acaben  
antes de tiempo, antes  
del rayo y de la feria,  
de la silueta que en ausencia insiste  
en no llegar, en tocar el timbre  
después que ya he salido

Que nadie más me diga: *Yo no lo sé, Allá dirán*  
para evitar las lágrimas del duelo

Que no termine el día

Que no se acerque el centro de la noche  
cuando la decisión esté tomada

Que no suene en seco la señal  
para abrir de par en par las puertas  
del alba imposible    las consteladas  
cimas    las aguas abisales

Que no se cierren mis ojos esta noche  
para morir como tú, Alfonsina, en mis cabales



Alfonsina Storni

## Génesis

---

Pimienta

### I.

antes de ti  
fue el génesis  
después el mito  
acaso fue primero el vacío  
y de la nada el cosmos  
todo fue antes de ti  
mucho antes de ti  
a mí nadie me dió cabida  
después de ti  
dicen que fui  
estoy segura que no  
antes de ti  
yo me apropié de lo desconocido  
condenada a la sombra de tu nombre  
y las protuberancias de la enfermedad  
antes de ti y del génesis  
siempre existió algo

existí yo.

**II.**

Tendí la mesa al crepúsculo con nuestras vasijas rotas  
en la espera  
de que mi herencia no tocara tus pies de infante  
eso fue lo que hizo mi madre  
sin éxito  
y fue lo que repitió la madre de mi madre  
y las viejas madres de los siglos  
dijeron que mi mejor herencia  
sería no compartirte  
las sobras de un amor miserable  
al que ni se le debería llamar  
amor  
sobreviví en ciernes y te dejé lo que pude  
antes de que la supervivencia nos fuera maldita  
te empujé de la ventana por amor  
para que salieras ilesa.

Ningún hueso fracturado es comparable  
a vivir con un perro moribundo  
por debajo de las sábanas.

### III.

Es el crujir de un hueso / augurio lacerante / tiempo frágil / la rosa viva  
que admiramos / un invierno cíclico / primavera de encanto efímero. /  
Es el desgaste articular / recuerdo de la juventud desvanecida / una lengua  
apresurada / un parpadeo congelado / de memorias / de presentes  
suspendidos en el aire. / Es la insistencia por no trasmutar en algo  
irreversible / esconderse de los vicios que aqueja / un glaucoma / un  
diagnóstico terminal / extraviar nombres de hace dos décadas / sentir que  
vida se va en cada respiro / ¿o acaso regresa? / La simultaneidad de la  
muerte / a veces tardía / a veces precoz / yace quieta / por instantes  
insensible / por instantes mimosa. / Bastaría con no olvidarla / ¿cómo? /  
¿cómo olvidarnos de ella?

**IV.**

Quien desconoce la lengua materna  
canibaliza la pulpa de su sangre  
y la manifestación de su dolor  
traza  
los abismos a su muerte.

## **Peregrina del mar**

---

Ángela Pralini

“Hombre, yo quiero que mi mal comprendas,  
hombre, yo quiero que me des dulzura,  
yo marchó por tus mismas sendas;  
hijo de madre: entiende mi locura..”

**Alfonsina Storni (1920) Inevitablemente**

**I**

**Voz primera**

Soy la acusada.

Soy la dueña de un jardín

donde seré juzgada.

La dueña de un vientre que habrá de parir

manzanas con escamas.

Soy semilla de brotes ajenos.

No estoy en casa.

No tengo casa.

No hay milagro más cruel que el de nacer condenada.

## II

### **Voz segunda**

Acercó su rostro  
como alba tierna a mi ventana.

Rasgó los vidrios  
hasta colarse entre las sábanas.

A luz de vela  
las pestañas se queman  
la llama blanquecina se eleva  
cuando los atardeceres bajan.

### III

#### Voz primera

Cuando hablo  
no responde el universo,  
cuando grito  
ni siquiera el eco.

Cuando lloro no crecen las lianas;  
suspiran los muros  
suspiran las fotos  
se abren como lotos  
se abren como cuerpos  
de mujeres sin vida.

No soy mi madre  
pero también serví la comida con hambre.

No soy mi abuela  
pero también anduve con cautela.

No soy mi tía  
pero también puse la mejilla.

No soy mi hermana  
pero también me tocaron cuando se les dio la gana.

No soy nadie  
y al mismo tiempo

soy mi madre

soy mi abuela

soy mi tía

soy mi hermana

y también,

soy un deseo que expira.

## IV

### **Voz segunda**

Él me habló del insomnio, de la llama, de los fármacos,  
de la suerte de saberse mísero y herido  
alumbrando los objetos insignificantes del mundo.

Yo le creí.

Yo fui ese objeto.

V

**Voz primera**

Eras ninfa

antes que humano

eras lengua

antes que labios remendados.

Eras ave

antes que pájaro enjaulado

fuiste palomilla

antes que vela.

¿Eras... o fuiste...?

VI

**Voz segunda**

Recuerdo el instante en que lo supe.

El resto,

es calma que antecede lo terrible

luz que precede el fuego

fe que sobrepasa el saber.

Amor mío

hablo contigo y soy desvarío.

Yo te creí.

## VII

### Voz primera

¿Por qué gorgotea esa mujer?

¿y aquella mujer?

¿y esa mujer?

¿esa mujer, por qué gorgotea?

¿por qué gorgoteo?

¿por qué ya...?

## VIII

### **Voz segunda**

Vine hasta aquí para amarte  
pero en el camino me encontré a mí.  
Elijo ser paria antes que musa  
mujer antes que amante  
que esposa  
que madre  
mujer antes que cadáver.

## IX

### **Voz primera**

Lo que en mí fue luz

hoy está muerto.

Lo que en mí fue agua

hoy es desierto.

Me mató fulano

cuando habló de mis defectos.

Me mató perengano

cuando defendió a Roberto.

Me mató zutano

al tacharme de puta, loca, vaga, drogadicta

pero nunca,

desaparecida.

**X**

**Voz segunda**

Yo, concha resonante en esta playa

fui tragada por el mar.

Mientras desaparezco

doy a luz a los próximos cadáveres.

Nace el fallo de la fiscalía,

“inocente”

nace la angustia de mi familia

“inocente”

nacen los manojos de hubieras

“inocente”

nacen las marchas

“guarras”

nacen los gritos

“desquehaceradas”

nacen las cifras

“falsas”

nacen los números

“cuiden los muros”

Nace la pregunta

¿Cuántas nos faltan?

Nace la necesidad de ser la última asesinada.

**XI**

Yo también quisiera ser la última

pero me mató Roberto

pero me mató...

pero, nos mató...

Este trabajo se terminó de componer en  
formato digital en Zapopan, Jal.  
En las oficinas del Centro Documental de Literatura  
Iberoamericana Carmen Balcells.  
Para el interior, se utilizó la tipografía Crimson Tex  
en sus diferentes variantes.

*Centro Documental de Literatura  
Iberoamericana Carmen Balcells*

📍 /centrocarmenbalcells

📍 @CentroBalcells

Tel: (33) 3165 4173

